

Antirracismo: de la ciencia a la ideología

Javier de Lucas

La *incógnita del extraño*, por utilizar la fórmula propuesta por Enrique Santamaría en un libro reciente ① dedicado a investigar la construcción de la categoría «inmigración extracomunitaria», es una constante que puede rastrearse en toda organización social y ante la cual parece casi inevitable que se responda en términos de negación y estigmatización. El incremento del racismo y la xenofobia no puede desvincularse (aunque es obvio que se dan otros factores) de ese origen.

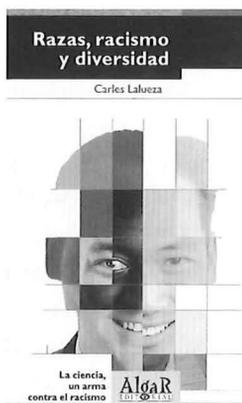
Aunque sólo fuera por eso, la lucha contra el racismo no puede considerarse una tarea cuya relevancia o prioridad se pueda minimizar. Ni por la envergadura del reto en sí, ni por la importancia de las herramientas que han de servir en esa empresa. A estas alturas, es imposible ignorar la importancia de la amenaza racista, que no es una epidemia superficial, un sarraquín vinculado a coyunturas de escasa entidad, sino una enfermedad que puede ser mortal y que nos obliga a bucear en la estructura profunda de nuestras sociedades, de nuestras culturas, del proceso de formación de las identidades. Por la misma razón, sería un error entender que esa tarea puede asignarse a unas pocas iniciativas de sensibilización de la opinión pública, a algunos subapartados de letra pequeña en programas educativos en la escuela y en los medios de comunicación. La pregunta es cómo ser eficaces en esa lucha contra el racismo, o, quizá mejor aún, por qué no ha sido suficientemente eficaz esta empresa, por qué no lo es aún hoy.

En la medida en que el racismo se presenta como una propuesta basada, si no en la evidencia –natural, ya se sabe–, sí al menos en los análisis científicos, una de las tareas más importantes es la de deconstruir o, mejor, demoler esa supuesta base científica. La tesis es que la mejor manera de combatir un prejuicio (de acabar con la ignorancia) es el conocimiento con garantías, la educación científica, por más que haya que recordar la boutade de Einstein: «hoy día, es más fácil dividir un átomo que eliminar un prejuicio». En ese sentido, cualquier esfuer-

zo de divulgación científica sobre el particular ha de considerarse prioritario y por eso me parece doblemente justificado que se reconociera el mérito de este ensayo de Carles Lalueza con el Premi Europeu de Divulgació Científica Estudi General 2001 por parte de la Universitat de València y el Ayuntamiento de Alzira. Se trata de un trabajo que con toda justicia puede considerarse heredero del magnífico libro de Cavalli Sforza (1999) *Quiénes somos. Historia de la diversidad humana*, aunque curiosamente éste (a diferencia de otros trabajos de Cavalli Sforza) encuentra poco eco en el ensayo de Lalueza, al menos si se compara con las abundantes referencias a otras obras que se sitúan en la mis-

ma línea, como *Not in our genes*, texto de cabecera para este ensayo ②, o los trabajos de Marks o Gould ③. Y es deudor porque repite el veredicto del genetista italiano que trabaja en Stanford, esto es, que el mayor antídoto contra el racismo es la educación.

Con todo, a mi juicio, precisamente lo que singulariza y hace interesante y recomendable este libro –como los otros que acabo de recordar– es, al mismo tiempo, la razón misma de la propia limitación. Algo que en ningún momento oculta Lalueza, ya que es él mismo quien nos advierte –casi *ab initio*– que éste no es un libro sobre el racismo, sobre la ideo-



Carles Lalueza

Races, racisme i diversitat, Bromera / Universitat de València, Alzira, 2001

Razas, racismo y diversidad. La ciencia, un arma contra el racismo (traducción castellana de Josep Félix Escudero), Algar, Alzira, 2002, 175 págs.

① Enrique Santamaría: *La incógnita del extraño: una aproximación a la significación sociológica de la inmigración no comunitaria*, Anthropos, Barcelona, 2002.

② Lewontin-Rose-Kamin: *Not in Our Genes. Biology, Ideology and Human Nature*, Pantheon, Nueva York, 1984. De Lewontin, cfr. también *La diversidad humana*, Labor, Barcelona, 1984 y *The Doctrine of DNA: Biology and Ideology*, Penguin Books, Londres, 1993.

③ Marks, J.: *Human Biodiversity. Genes, Races and History*, Aldine de Gruyter, Nueva York, 1994. De Gould, el ya clásico *The Mismeasure of Man*, Penguin Books, Londres, 1985.

logía que lo fomenta, sino sobre el pensamiento racial, sobre la ciencia que sostiene las clasificaciones raciales. Un libro cuyo objetivo es demostrar que desde el punto de vista biológico, científico, las razas no existen y por consiguiente trata de desproveer de fundamento o cobertura científica a esa ideología.

Pero esa elección metodológica no permite evitar que la primera cuestión conceptual, o al menos de delimitación, sea la vieja pregunta que, en cierto modo, nos da la clave de cuanto pretendo señalar. Y a esa cuestión, es decir, a la pregunta ¿qué es el racismo?, Lalueza ofrece una respuesta típicamente *científica*, si se me permite el juego de palabras. El racismo es, nos recuerda, sobre todo un prejuicio (pág. 9). Por supuesto. Es la lección de Todorov, de Taguieff, de Allport, también la de Montagu. Y si el racismo fuera sólo eso, bastaría en efecto con el antídoto de la ciencia, pero para nuestra desgracia se trata de bastante más: el racismo no es sólo (aunque eso ya sea mucho) un problema de discriminación injustificable por apoyarse en malas razones –el prejuicio, la persecución de la diferencia «racial», sumado a la segregación, la eliminación de su presencia pública o al menos el olvido–, sino un símbolo de una manera de entender la política, de un proyecto de exclusión que no tiene como objetivo fundamental a los otros, sino a nosotros mismos.

Lo que quiero recordar es algo tan sencillo como que el racismo es también una ideología, una práctica socioeconómica (de segregación, de discriminación y subordinación) y tiene asimismo una dimensión normativa. Como ideología, en cualquier caso, es funcional a un contexto determinado, que es lo que muestra la obra del naturalista Buffon, esto es, la Europa del XVIII que necesita la economía colonial. Una tarea bien ilustrada en el trabajo de Lalueza, sobre todo en la primera parte, cuando explica las líneas maestras de dos siglos de ciencia racial y expone los argumentos de la craneometría, de la política de «biología aplicada» en la Alemania nazi ④, y el

resurgimiento del racismo científico más reciente a propósito de los tests de inteligencia. Precisamente por ese carácter instrumental, lo decisivo es analizar las funciones sociales y políticas del racismo y eso, como ha advertido Xavier Torrens en sus trabajos sobre el racismo cultural ⑤, nos obliga a distinguir diferentes etapas del racismo ideológico, que responden a su vez a diferentes marcos epistémicos o paradigmas cognitivos (Torrens señala tres: el religioso, el biológico y el cultural, el que corresponde a nuestro horizonte).

Se trata, pues, de examinar qué funciones sociales trata de cumplir en cada momento, aunque puede decirse que siempre asegura un mínimo, el de cohesionar, estigmatizar, jerarquizar y justificar un orden social, el propio de la sociedad cerrada en compartimentos estancos (simbolizado por Popper en la República de Platón), una sociedad que prohíbe la mezcla o porosidad social, porque cualquier cambio es corrupción, tal y como ha ejemplificado la literatura y el cine, por ejemplo en la poco comprendida –quizá por oscarizada– *Monster's Ball*, en particular en la figura del padre del protagonista, y en la transformación (por vía de la educación sentimental) del propio personaje encarnado por Billy Bob Thornton. Precisamente acerca de esa función de justificación de la dominación que exige segmentar, establecer estratos, grupos inferiores –en dos palabras, *menos humanos*, como muestran las novelas de H. G. Wells antes que el *Mundo feliz* de Huxley o los relatos de Ph. K. Dick, que ilustran poderosamente la metáfora del extraño y las variedades de lo humano– es significativo que el origen de la noción de raza, en castellano, está vinculado a los cronistas de las Indias, que no la aplicaban a personas, sino a animales. Una noción de raza que recoge la raíz de origen sánscrito *dominación* (*ra*, limitación, posesión+*ksast*, tierra, cosa), pero también la semítica que es la que más destaca lo *zoonómico* (árabe: *ra's*, cabeza, origen, de donde *res*, raza, cabeza de ganado).

⑤ Cfr. Torrens, X.: «Racismo y antirracismo», en J. Antón (ed.): *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid, 1998, y del mismo autor *El racismo cultural en las democracias contemporáneas*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2002.

④ No me resisto a indicar la referencia a un trabajo de F. Muñoz Conde, reeditado recientemente (A. Mezger: *La ciencia del Derecho Penal en el nazismo*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2002, 3ª ed.–) en el que éste analiza pormenorizadamente el papel de quien fuera una de las figuras clave de la dogmática penal contemporánea (incluso, representante oficial de una orientación «liberal») en el traslado del racismo científico a las leyes de biología aplicada, instrumento capital del nazismo.

La hipótesis de Lalueza le conduce a examinar las raíces y la savia del prejuicio que nace de un error, de una enfermedad, pero no hay que minimizarlo, ni tampoco reducirlo a su función socioeconómica (Balibar ⑥) y cultural. Un síndrome que se manifiesta a partir de determinados procesos socio-históricos con una notable capacidad de adaptación. Por eso, su examen de los dos siglos de *raciología*, del esfuerzo de segmentación social con pretensión científica, una falacia que ignora el dato —nada fácil de asumir, como inteligentemente muestra el autor— de que no hay dos personas idénticas entre los 6.000 millones de seres humanos a la par que nuestra dotación genética es básicamente uniforme, es decir, ignora el imponente hecho de la biodiversidad de la común humanidad. Lalueza proporciona una excelente síntesis en la que expone, explica y critica los elementos científicos que han asumido la idea de raza como elemento explicativo de las diferencias humanas y le han permitido una proyección social esencial, configurando las bases de una concepción del mundo. Muy al contrario, explica Lalueza, el concepto mismo de raza es una invención social sin soporte biológico real.

Explora en los tres primeros capítulos las conceptualizaciones que han provisto/justificado la posición de dominio de sus sustentadores, incluso con importantes transformaciones, como la evolución semántica de la noción de raza, siempre con el objetivo de asentar el establecimiento de la jerarquía racial. El episodio del apogeo y decadencia de la craneometría es ilustrativo acerca de la función social de esa ciencia (capítulo en el que, por cierto, se echa en falta a sus defensores en el ámbito jurídico y muy concretamente penal, como Lombroso, que es un ejemplo magnífico de estos errores) como también lo es el resurgimiento, tras la pesadilla nazi (capítulo 4) del racismo científico, o la utilización perversa de los tests de inteligencia (capítulo 5), unas páginas en las que destacaría el análisis del li-

bro *The Bell Curve* (págs. 98 y 104) y la crítica de Lewontin en relación con el factor IQ, que Lalueza recoge con acierto y claridad. Particularmente interesante me parecen en esa parte del libro las páginas en las que desmonta la noción misma de tipos raciales (pág. 44) y cómo muestra que, pese a las esperanzas despertadas a ese propósito por los marcadores genéticos, como marcadores raciales, fracasa su pretensión de científicidad. Con todo, la parte más relevante del trabajo de cara al objetivo de su autor, en mi opinión, son los tres últimos capítulos, en los que se aborda el significado del desafío científico de la diversidad humana, a la luz que nos ha proporcionado el ambicioso proyecto genoma. Es precisamente la explicación del alcance de la biodiversidad humana lo que sirve a Lalueza para fundamentar una conclusión demoledora, desde el punto de vista del fundamento científico, de la ideología y por tanto de las funciones socioeconómicas y políticas que ésta trata de cumplir hoy. Lalueza muestra que los últimos estudios de las secuencias del DNA prueban que los chimpancés son hasta 10 veces más diversos que los humanos: dos chimpancés de diferentes zonas de África presentan una variación genética del 13%, mientras que dos hombres de Europa y África respectivamente difieren entre sí menos del 0,3%. El 85% de la variación genética se da entre individuos de la misma población y sólo el 7% corresponde a la variación entre grandes grupos humanos. Citando a Stinger, Lalueza concluye que, genéticamente, todos somos africanos bajo la piel. La clave de la diversidad física humana parece debida a la dispersión de la especie por los continentes y a la adaptación a las condiciones ambientales. En una palabra, todos somos de condición común emigrantes.

Pero sería un error pensar que los esfuerzos rigurosos y bien escritos como éste aseguran el fin del monstruo. Hoy la ideología racista se ha despojado de la coartada científica, al menos en su versión biológica, para

⑥ Aunque es imposible prescindir de su *Raza, nación, clase*, IEPALA, 1991.

aparecer postmodernamente travestida tras el disfraz del diferencialismo cultural, incluso invocando de forma fraudulenta el mensaje de cierto multiculturalismo. Hoy recurre a la cultura, a la identidad cultural, como elemento diferenciador. Es un nuevo racismo sin raza, que hace uso de la diferencia cultural para tratar de legitimar el mismo objetivo: diferenciar para jerarquizar, mostrar inferioridad cuando no incompatibilidad de los otros frente a los superiores (los «naturales», nosotros) y así legitimar su segregación, su subordinación social, incluso su eliminación (al menos su invisibilidad social). A eso es a lo que aludía al comienzo cuando señalaba la virtud y las limitaciones de la opción metodológica que trata de demoler el fundamento científico del racismo. Porque lo más grave del racismo es la función ideológica de justificación de la discriminación, de la subordinación, en una palabra, de la dominación de otros individuos y grupos sociales.

Como explica Van Dijk, la finalidad primordial de la ideología racista (biológica o diferencialista) es la función de dominación social, a través de dos niveles: *a*) el económico, que postula la segmentación del mercado de trabajo y se traduce por ejemplo en la creación de la economía informal, de la mano de obra de la economía clandestina, de la reserva adecuada para la condición de precariedad y vulnerabilidad del mercado de trabajo, las fronteras interiores, procesos reforzados en el modelo de globalización conducido por el liberalismo fundamentalista del que habla Stiglitz, y *b*) el político, que es el que sirve para el mensaje de la extrema derecha, de los nacionalismos excluyentes, del pensamiento reaccionario, ultraconservador, cuyo único programa es la exclusión del otro, por la rentabilidad electoral y aun en términos de legitimidad del discurso del orden, del miedo. En alguna ocasión, Manuel Peris ha descrito la existencia de dos tipos de racismo que gana hoy terreno, «el descarado y el hipócrita. El descarado suele ocupar las páginas de su-

cesos y el hipócrita las de economía». Por mi parte, y teniendo en cuenta sobre todo el fenómeno de los nuevos flujos migratorios, he propuesto añadir un tercero, el cínico, el que aparece en las páginas de justicia y tribunales. Es desde esos instrumentos desde los que a mi juicio debe analizarse el resurgimiento del racismo esta vez culturalista, en una sociedad marcada por el proyecto globalizador, el incremento de los rasgos de multiculturalidad y, en particular, las funciones asignadas a los flujos migratorios en ese contexto. Creo que el panfleto de Sartori ^⑦, probablemente *malgré soi*, ejemplifica esas funciones asignadas al nuevo racismo desde el mínimo común denominador de justificar la discriminación y la dominación, económica, y política, con mayor interés, en cualquier caso, que la gasolina difundida por los Oriana Fallaci de turno contra la amenaza islámica, una gasolina que se esparce según acreditan los análisis realizados por el EUMC de Viena que, por cierto, ha destacado la particular gravedad de los sucesos de El Ejido. Por eso la clave quizá no sea sólo ni aun primordialmente la educación, pese a que se trata de una respuesta esencial, y no lo es porque no estamos sólo en una batalla de ideas: es necesario el aspecto institucional, el legal, el económico, el político. Esa insuficiencia no es tanto una crítica al ensayo de Lalueza sino un acicate para continuar la tarea.

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universitat de València.

^⑦ Me refiero, claro, a su *La sociedad multiétnica*, Madrid, Taurus, 2002 (2ª ed.).